

POLITICA DEL ESPIRITU*

Primera Carta

Paul Valéry

Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales. Habíamos oído hablar de mundos completamente desaparecidos, de imperios idos a pique con todos sus hombres y todos sus artilugios; caídos hacia el fondo inexplorable de los siglos con sus dioses y sus leyes, sus academias y sus ciencias puras y aplicadas, con sus gramáticas, sus diccionarios, sus clásicos, sus románticos y sus simbolistas, sus críticos y los críticos de sus críticos. Bien sabíamos que toda la tierra visible está hecha de cenizas, que la ceniza significa algo. Percibíamos, a través del espesor de la historia, los fantasmas de inmensos navíos que estuvieron cargados de riqueza y de ingenio. No podíamos contarlos. Esos naufragios, después de todo, no eran asunto nuestro.

Elam, Nínive, Babilonia eran hermosos nombres vagos, y la ruina total de esos mundos tenía tan poca significación para nosotros como sus existencias mismas. Pero *Francia, Inglaterra, Rusia*. . . serían también hermosos nombres. También *Lusitania* es un hermoso nombre. Y vemos ahora que el abismo de la historia es suficiente para el mundo entero. Sentimos que una civilización tiene la misma fragilidad que una vida. Las circunstancias que podrían mandar las obras de Keats y las de Baudelaire a unirse con las de Menandro no son ya totalmente inconcebibles: están en los periódicos.

Eso no es todo. La candente lección es aún más completa. A nuestra generación no le ha bastado aprender por experiencia propia cómo las cosas más bellas y las

* Texto escrito en 1918.

más antiguas, y las más formidables y las mejor ordenadas, son precederías *por accidente*; ha visto, en el orden del pensamiento, del sentido común, y del sentimiento, producirse fenómenos extraordinarios, bruscas realizaciones de paradojas, brutales decepciones de la evidencia.

Sólo citaré un ejemplo: las grandes virtudes de los pueblos alemanes han engendrado más males que cuantos vicios haya podido crear la ociosidad. Hemos visto, visto con nuestros propios ojos, el trabajo escrupuloso, la instrucción más sólida, la disciplina y la aplicación más serias, adaptadas a espantosos designios.

Tantos horrores no hubieran sido posibles sin tantas virtudes. Ha sido necesaria, sin duda, mucha ciencia para matar tantos hombres, disipar tantos bienes, aniquilar tantas ciudades en tan poco tiempo; pero han sido necesarias no menos *cualidades morales*. Saber y Deber, ¿sois, pues, sospechosos?

Así, la Persépolis espiritual no está menos estragada que la Susa material. No se ha perdido todo. Pero se ha sentido perecer todo.

Un escalofrío extraordinario ha recorrido la médula de Europa. Ha sentido, en todos sus núcleos pensantes, que ya no se reconocía, que dejaba de parecerse a sí misma, que iba a perder la conciencia, conciencia adquirida mediante siglos de desdichas soportables, millares de hombres de primer orden, ventajas geográficas, étnicas e históricas innumerables.

Entonces, como en una desesperada defensa de su ser y de su haber fisiológicos, ha recobrado confusamente toda su memoria. Sus grandes hombres y sus grandes libros han subido de nuevo hasta ella en mezcolanza profusa. Nunca se ha leído tanto, ni tan apasionadamente, como durante la guerra: preguntad a los librereros. Nunca se ha rezado tanto, ni tan profundamente: preguntad a los sacerdotes. Se ha evocado a todos los salvadores, fundadores, protectores, mártires, héroes, padres de patrias,

Y en el mismo desorden mental, al llamamiento de la misma angustia, la Europa culta ha experimentado la rápida reviviscencia de sus innumerables pensamientos: dogmas, filosofías, ideales heterogéneos; las trescientas maneras de explicar el mundo, los mil y un matices del cristianismo, las docenas de positivimos; todo el espectro de la luz intelectual ha ostentado sus colores incompatibles, iluminando con una extraña lumbre contradictoria la agonía del alma europea. Mientras los inventores buscaban febrilmente en sus diseños, en los anales de las guerras de antaño, los medios de desembarazarse de los alambres de púas, de burlar a los submarinos o de paralizar el vuelo de los aviones, el alma invocada a la vez todos los conjuros que le eran conocidos, sopesaba seriamente las más estrafalarias profecías; buscaba refugios, indicios, consuelos en el registro íntegro de los recuerdos, de los actos anteriores, de las actitudes ancestrales. Y ahí están los conocidos productos de la ansiedad, las desordenadas empresas del cerebro que corre de lo real a la pesadilla y vuelve de la pesadilla a lo real, enloquecido como el ratón que acaba de caer en la trampa.

La crisis militar tal vez ha terminado. La crisis económica es visible en toda su fuerza; pero la crisis intelectual, más sutil, que por su propia naturaleza toma las apariencias más engañosas (puesto que se cumple en el reino mismo de la disimulación), esa crisis difícilmente deja captar su verdadero centro, su fase.

Nadie podrá decir lo que mañana estará muerto o vivo en literatura, en filosofía, en estética. Nadie sabe aún qué ideas y qué modos de expresión quedarán inscritos en la lista de las pérdidas, qué novedades serán proclamadas.

La esperanza, ciertamente, persiste, y canta a media voz:

*Et cum vorandi vicerit libidinem
Late triumphet imperator spiritus.*

Pero la esperanza no es más que la desconfianza del ser frente a las previsiones precisas de su espíritu. Insinúa que toda conclusión desfavorable al ser *debe ser* un error de su espíritu. Los hechos, sin embargo, son claros y despiadados: hay millares de jóvenes escritores y de jóvenes artistas que han muerto. Existe la ilusión perdida de una cultura europea y la demostración de la impotencia del conocimiento cuando se trata de salvar cualquier cosa: la ciencia, dañada mortalmente en sus ambiciones morales y como deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones; el idealismo, difícilmente vencedor, profundamente zaherido, responsable de sus sueños; el realismo desengañado, descalabrado, agobiado de crímenes y de faltas: la codicia y el renunciamiento igualmente escarnecido; las creencias confundidas en los campamentos, cruz contra cruz, media luna contra media luna; los escépticos mismos malparados por acontecimientos tan bruscos, tan violentos, tan conmovedores, que juegan con nuestros pensamientos como el gato con el ratón, los escépticos pierden sus dudas, las recuperan, tornan a perderlas, y no aciertan a seguir sirviéndose de la actividad de su espíritu.

La oscilación del navío ha sido tan fuerte que al fin hasta las lámparas mejor sostenidas se han volcado.

Lo que da a la crisis del espíritu su profundidad y su gravedad es el estado en que ha encontrado al paciente.

No tengo tiempo ni capacidad para definir el estado intelectual de Europa en 1914. ¿Y quién se atrevería a trazar un cuadro de ese estado? El asunto es inmenso; exige conocimientos de todos los órdenes, una información infinita. Cuando se trata, por otra parte, de conjunto tan complejo, la dificultad de reconstituir el pasado, aun el más reciente, es en todo comparable a la dificultad de construir el porvenir, así sea el más próximo; o, mejor dicho, es la misma dificultad. El profeta y el historiador yacen en el mismo saco. Dejémoslos en él.

Pero ahora debo sólo recurrir al recuerdo vago y general de lo que se pensaba en vísperas de la guerra, de las investigaciones que se proseguían, de las obras que se publicaban.

Así, pues, si hago abstracción de todo detalle y me limito a la impresión rápida y a ese *total natural* que da una percepción instantánea, no veo *¡nada!* Nada, aunque haya sido una nada infinitamente rica.

Los físicos nos enseñan que en un horno calentado hasta la incandescencia, si nuestros ojos pudieran subsistir, no verían *nada*. Ninguna desigualdad luminosa subsiste ni distingue los puntos del espacio. Esa formidable energía encerrada acaba en la invisibilidad, en la igualdad insensible. Así, pues, una igualdad de esta especie no es más que el *desorden* en estado perfecto.

¿Y de qué estaba constituido el desorden de nuestra Europa mental? De la libre coexistencia, en todos los espíritus cultos, de las ideas más desemejantes, de los más opuestos principios de vida y de conocimiento. Es eso lo que caracteriza una época *moderna*.

No me desagrada generalizar la noción de moderno y dar ese nombre a cierto modo de existencia, en lugar de hacer de él un mero sinónimo de *contemporáneo*. Hay en la historia momentos y lugares en que podríamos introducirnos, *nosotros los modernos*, sin turbar excesivamente su armonía y sin parecer allí objetos infinitamente curiosos, infinitamente visibles, seres chocantes, disonantes, inasimilables.

Donde nuestra entrada sorprendiese menos, ahí estaríamos como entre nosotros. Es evidente que la Roma de Trajano y que la Alejandría de los Ptolomeos nos absorberían más fácilmente que muchas localidades menos alejadas en el tiempo, pero más especializadas en un solo tipo de costumbres y consagradas por entero a una sola raza, a una sola cultura y a un solo sistema de vida.

Pues bien, la Europa de 1914 había llegado tal vez al límite de ese modernismo. Cada cerebro de cierta categoría era una escrucijada para todo linaje de opiniones; todo pensador, una exposición universal de pensamientos. Había creaciones del espíritu cuya riqueza en contrastes y en impulsiones contradictorias hacía pensar en los efectos del alumbrado insensato de las capitales de aquel tiempo: los ojos arden y se hastían. . . ¿Cuántos materiales, cuántos trabajos, cálculos, siglos saqueados, cuántas vidas heterogéneas sumadas han sido necesarios para que fuese posible ese carnaval y se le entronizara como forma de la suprema sabiduría y triunfo de la humanidad?

En tal o cual libro de aquella época -y no de los más mediocres- se encuentra sin ningún esfuerzo una influencia de los "ballets" rusos, un poco de estilo adusto de Pascal, muchas impresiones tipo Goncourt, algo de Nietzsche, algo de Rimbaud, ciertos efectos debidos a la frecuentación de los pintores, y a veces el tono de las publicaciones científicas, todo ello perfumado con no sé qué de británico, difícil de dosificar. . . Observemos, de paso, que en cada uno de los componentes de esta mixtura podrían encontrarse muchos otros *cuerpos*. Inútil buscarlos: sería reiterar lo que acabo de decir sobre el modernismo y hacer toda la historia mental de Europa.

Ahora, sobre una inmensa explanada de Elsinor, que va desde Basilea hasta Colonia, que toca las arenas de Nicuport, los pantanos del Somme, el gres de la Champagne, los granitos de Alsacia, el Hamlet europeo mira millones de espectros.

Pero es un Hamlet intelectual. Medita sobre la vida y la muerte de las verdades. Tiene por fantasmas todos los objetos de nuestras controversias; tiene por remordimientos todos los títulos de nuestra gloria; está agobiado bajo el peso de los descubrimientos, de los conocimientos, incapaz de desentenderse de esa actividad ilimitada. Piensa en el hastío de reanudar el pasado, en la locura de querer innovar de continuo.

Se tambalea entre los abismos, porque dos peligros no cesan de amenazar al mundo: el orden y el desorden.

Tomo un cráneo, es un cráneo ilustre. —*Whose was it?*— Éste fue *Lionardo*. Inventó el hombre volador, pero el hombre volador no ha servido precisamente las intenciones del inventor: sabemos que el hombre volador, montado sobre su gran cisne (*il grande uccello sopra del dosso del suo magnio cecero*) tiene, en nuestros días, un empleo que no es el de ir a recoger nieve en la cima de los montes para arrojarla, durante los días calurosos, sobre el pavimento de las ciudades. . . Y este otro cráneo es el de *Leibniz*, que soñó con la paz universal. Y éste fue *Kant*, *Kant qui genuit Hegel*, *quit genuit Marx*, *qui genuit*. . .

Hamlet no sabe bien qué hacer con todos esos cráneos. ¡Pero si los abandona! . . . ¿Va a dejar de ser él mismo? Su espíritu atrozmente lúcido contempla el tránsito de la guerra a la paz. Este tránsito es más oscuro que el tránsito de la paz a la guerra; todos los pueblos se sienten turbados. "¿Y yo, se dice, yo, el intelectual europeo, en qué voy o convertirme? . . . ¿Y qué es la paz? *La paz es, acaso, el estado de cosas en que la hostilidad natural de los hombres se manifiesta en creaciones, en lugar de traducirse por destrucciones como ocurre en la guerra.* Es el momento de

una concurrencia creadora, y de la lucha de las producciones. Pero yo ¿no estoy fatigado de producir? ¿No he agotado el deseo de las tentativas extremas y no he abusado de las mezclas sapientes? ¿Es preciso dejar a un lado mis deberes difíciles y mis ambiciones trascendentes? ¿Debo seguir el impulso y proceder como Polonio, que dirige ahora un gran periódico? ¿Cómo Laertes, que trabaja en la aviación? ¿Cómo Rosenerantz, que se ocupa en no sé qué cosas bajo nombre ruso?

— ¡Adiós fantasmas! El mundo no tiene ya necesidad de ti. Ni de mí. El mundo, que bautiza con el nombre de progreso su tendencia a una precisión fatal, trata de unir los beneficios de la vida las ventajas de la muerte. Cierta confusión reina todavía, pero esperemos un poco y todo se aclarará; veremos por fin aparecer el milagro de una sociedad animal, un perfecto y definitivo hormiguero.

Paul Valéry,
Política del espíritu,
Buenos Aires, Editorial Losada, 1961.